



Fundación Cultura de Paz

Libro: *Ibero-América: Gobernanza y Desarrollo en la Sociedad del Conocimiento*, Serie Documentos, Editorial Comunica, 2001.

“La palabra iberoamericana cortará el nudo gordiano de la guerra”

En este fin de siglo y de milenio, los seres humanos afrontamos problemas fundamentales para la supervivencia, no sólo de la civilización, sino de la vida misma, en su sentido lato. Basta pensar en los conflictos derivados de la miseria y la exclusión, como consecuencia de un sistema que amplía cada día, en lugar de reducirla, la brecha que separa a los prósperos de los menesterosos; en los problemas éticos que plantea la aplicación al ser humano de las nuevas tecnologías: la clonación, la reproducción asistida, la posibilidad de modificar el patrimonio genético de la especie, la protección del medio ambiente y la diversidad biológica, la tensión entre las culturas tradicionales y la fuerza de la modernidad, el consumo de drogas, el tráfico de armamentos o el tráfico de dinero por los flujos electrónicos.

Los retos que plantea el nuevo milenio exigen una reordenación ética, social, económica y política de la manera en que los hombres hemos organizado la sociedad, desde tiempo inmemorial, en torno a la opresión y la violencia -lo que suelo designar con el nombre de “cultura bélica”-, ya que el mundo que hacía posible esa estructura ha cambiado radicalmente. Los conflictos de origen étnico o religioso, la presión demográfica, la miseria, las emigraciones masivas, la contaminación ambiental han adquirido mayor urgencia y requieren alianzas y soluciones inmediatas, como las que tenemos todavía que forjar para romper la inercia de una sociedad en guerra. Tenemos que lograr que el mundo pase de la cultura de la imposición y la fuerza a la del diálogo y la razón. Esta transformación está resumida en el concepto de “cultura de paz”. Siempre ha prevalecido la ley del más fuerte. Ahora deberán contar -como se soñó en San Francisco, al final de la Segunda Guerra Mundial, al fundar las Naciones Unidas- con **todos los pueblos**.

En las condiciones vigentes en el planeta, es urgente proclamar que ese futuro de paz al que aspiramos no se construirá solamente con medios financieros o con decisiones políticas, y menos con fórmulas prefabricadas; sólo podrá asegurarse mediante principios éticos compartidos, con valores que sirvan de asideros a las nuevas generaciones para forjar un mundo a la medida de sus ideales y de sus aspiraciones. Sería suicida confiar la solución de cuestiones tan fundamentales a las técnicas de compraventa; ni siquiera el problema de la creación y distribución desigual de la riqueza en el mundo es un asunto exclusivamente económico. El mercado es un elemento, un componente, -a veces ni siquiera el más importante- de muchos de estos problemas. Si la razón, el diálogo y la comprensión no logran el cambio indispensable, si no consiguen que se deje de invertir en armas y en drogas y se empiece a invertir en libros, en ordenadores, en medicamentos, en viviendas; en proteger el medio ambiente y luchar contra la pobreza; en aumentar la calidad de vida en el medio rural, en todos los países, evitando así emigraciones masivas que después tanto nos preocupan; si no somos capaces de evitar todo esto, los desequilibrios actuales seguirán agravándose hasta sumir a continentes enteros en el caos y la violencia.

Hasta hace poco, creíamos tener fórmulas mágicas, aplicables en todas partes a cualquier situación. Como si todos los países se parecieran. Como si no contaran sus historias respectivas, la diferencia de sus recursos naturales, tradiciones, creencias o estilos de vida. Como si se pudiera hacer caso omiso de la infinita diversidad de las trayectorias individuales, del contexto social, económico y cultural en que cada cual ha crecido, de las ideas que le han transmitido, de sus propias reflexiones, de sus impresiones lejanas y cercanas, de sus estados de ánimo... Nos hemos olvidado de la dimensión cultural del desarrollo personal y colectivo. En lugar de pensar que la riqueza es la diversidad, imaginamos que era la uniformidad la que, al menos en términos económicos, debía

predominar. Y esto es un error que es preciso rectificar, sobretodo después del horrendo atentado suicida del 11 de septiembre pasado. Una sólo víctima nos moviliza, porque no hay nunca justificación para el asesinato. Lo sucedido marca, por su magnitud y modalidad de confrontación, una inflexión histórica, no sólo en las políticas y estrategias de seguridad, sino sociales, morales, culturales y medioambientales.

En América Latina, el reconocimiento de la dimensión cultural del desarrollo ha llegado a ser imprescindible para evitar la desintegración social de los pueblos indígenas, más vulnerables por su situación a la presión de estructuras y sistemas que acentúan su condición de servidumbre, así como para abrir perspectivas de futuro que les permitan conciliar sus tradiciones ancestrales con los logros de la modernidad. Estos pueblos deben participar, hablar y ser escuchados. Es necesario, por tanto, darles la palabra, darles la voz, porque también son ellos los que nos pueden aportar primero nuevas soluciones y nos pueden inspirar nuevos caminos.

Los modelos vigentes de desarrollo, basados en el reparto asimétrico de la creación y la distribución de las riquezas, sólo darán paso a la democracia plena –que significa el gobierno del pueblo y para el pueblo- si logramos desmontar la estructura bipolar que acumula progresivamente riqueza en un extremo y miseria en el otro. Las políticas de ajuste estructural, los réditos de la deuda y el deterioro de los términos de intercambio hacen que las naciones pobres contribuyan cada vez más a financiar la opulencia del primer mundo. Frente a esto, es de primordial importancia el respeto y reconocimiento de las identidades culturales, y la formulación de estrategias de desarrollo adecuadas a las tradiciones y características sociales de cada comunidad. Sólo este enfoque les permitirá superar la miseria y la ignorancia –las formas más implacables de violencia- y alcanzar niveles de vida decorosos, sin tener que sacrificar su patrimonio cultural. Sólo así, colocando al hombre –al hombre y a la mujer, a la especie humana- como verdadero protagonista y beneficiario del progreso, puede lograrse un desarrollo duradero y “con rostro humano”.

A escala nacional, la plena participación política y la garantía del ejercicio de los derechos humanos, civiles y políticos son, a la vez, la garantía y fruto del desarrollo y la paz. A escala internacional la paz, el desarrollo y la democracia constituyen un triángulo interactivo que sólo es eficaz cuando tiene como motivación fundamental la solidaridad y el sentimiento de justicia. Si deseamos construir una sociedad más justa y más pacífica, hemos de lograr que al menos una parte de los recursos que ahora se despilfarran en medios de destrucción y muerte, se destinen a la previsión y el desarrollo. La violencia y la fuerza han fracasado. El autoritarismo ha mostrado la cara amarga de la derrota, junto a la de la muerte. Demos ahora una oportunidad a la paz, el diálogo y a la tolerancia.

La paz no puede consistir tan sólo en la ausencia de conflicto armado, sino que supone principalmente un proceso de justicia y de respeto mutuo entre pueblos, concebido para afirmar la construcción de una sociedad internacional en la que todos puedan hallar su lugar y disfrutar de su parte de los recursos intelectuales y materiales del mundo. Para afrontar este enorme y hermoso cometido es preciso contar con la participación de la sociedad en pleno y, en particular, de los nuevos interlocutores sociales: ONG, parlamentos, los medios de comunicación, los ayuntamientos, los sindicatos, las iglesias y el ejército. No es posible dar respuestas elitistas y parciales a desafíos que exigen reacciones globales y emancipadoras de la sociedad en su conjunto. Y, sobre todo, es menester la decisión de aplicar al desarrollo recursos que antes se destinaban a la guerra.

La leyenda atribuye a Alejandro Magno la hazaña de cortar de un tajo el nudo gordiano que le otorgaría a quien lo deshiciera el dominio de Asia. Pues bien, los conflictos de nuestra época conforman una especie de “nudo gordiano” de muy difícil solución, que tendremos que cortar no con la espada, sino con la palabra. Los acontecimientos de los últimos años —y de las últimas semanas— nos demuestran que la violencia ha fracasado estrepitosamente. Sólo en la palabra, en la capacidad de los pueblos para expresarse libremente tanto en el Parlamento como en los medios de comunicación, radica hoy la esperanza de forjar una sociedad más justa y más democrática.